

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA,  
CON LA  
aprobación eclesiástica,  
y bajo la dirección

E. Lozano de Vilchez

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO  
ES EL  
DE UN REAL AL MES,  
EL MÁS BARATO  
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se expenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Julio de 1878.

DIRECTORA, D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 12.

## SUMARIO.

La ciencia más cierta, por Mda. Matilde Bourdon.—  
Al Apostol Santiago, por D. Cipriano Sevillano.—  
La flor del cielo, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Sección doctrinal, La senda del cielo, por id.

## LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR MDA. MATILDE BOURDON.

### III.

### LA DISPUTA.

Así trascurrieron muchos meses; Manuel seguía con firmeza el camino que se había trazado; vivía bien con sus hermanos, daba buen ejemplo á todos con su vigilancia, actividad, valor y especialmente con la dulzura de su carácter; pero ante todo obedecía á su padre y le honraba de palabra y obra. Y, sin embargo, no

le había de ser cosa fácil cumplir sus obligaciones sin desviarse jamás un punto, porque con frecuencia el viejo Merry, á quien los achaques propios de la edad y la conducta de sus hijos mantenían en un constante estado de irritación, se mostraba brutal; y los dos hermanos mayores, arrastrados el uno por la avaricia y el otro por su afición á las francachelas, llevaban á la casa paterna el mal humor, la displicencia, y las abiertas violencias, ordinario fruto de las malas pasiones. El cumplimiento del deber era, pues, penoso; pero Manuel no estaba solo: tenía el apoyo, el auxilio de Dios, á quien sirviera desde la infancia y continuaba honrando con un ferviente amor y la práctica habitual de los preceptos y consejos de la religión, y sentía que el Señor de bondad y misericordia no le abandonaba en los momentos difíciles. Cuando doblegaba su voluntad ante la de su padre, expresada á ve-



ces de un modo duro y grosero, pensaba en Jesús, obediente, y *obediente hasta la muerte de cruz*; y cuando daba á sus hermanos y hasta á los criados una muestra de dulzura y caridad, mal recompensada á menudo, se decía para sí:

«¡Oh Jesús mío! ahora sí que me parezco á Vos, tan dulce con Judas, tan bueno con vuestros enemigos! ¡aunque la caridad rebosara de mi corazón, no tendría, ni con mucho, tanta como Vos!»

Una cosa, sin embargo, le tenía inconsolable, y era el espíritu de impiedad que reinaba en toda su familia. Manuel temblaba por aquellas almas que amaba como cristiano, como hijo y como hermano; él miraba á su padre acercarse al sepulcro sin pensar en la eternidad, y á sus hermanos entregarse con desenfreno á todas sus inclinaciones viciosas, como si un día no tuviesen que responder, delante del justo Juez, de las acciones culpables cometidas acá en este mundo. Sebastian principalmente, mas ardiente, mas impetuoso que Estéban, aunque tal vez mejor en el fondo, causaba vivas inquietudes á Manuel, que con dolor le veía entregarse á los placeres mas groseros, excitado, enardecido por sus largas estancias en la taberna, en donde las reuniones que empiezan al ruido de los vasos y al estrépito de las risas, terminan con harta frecuencia en sangrientas riñas, origen de enconados rencores y mortales venganzas entre compañeros y habitantes del mismo país.

Manuel sentía oprimirse el corazón de angustia y dolor cada vez que pasaba por cerca de aquellos tristes asilos, á donde el trabajador y el labrador, impelidos por una funesta costumbre, van á abdicar su razón, á ahogar en vino el grito de su conciencia, á olvidar en medio del tumulto de la orgía á la esposa, á los hijos, á la anciana madre, á quienes colmarían de alegría y felicidad, pasando en su compañía el santo día del descanso: y cuando reconocía la voz de su hermano entre aquellos gritos salvajes y aquellas carcajadas, propias de idiotas y de seres embrutecidos, deteníase, sobrecogido de terror, y como si el presentimiento de una desgracia le hubiese helado la sangre en las venas. Mas de una vez intentó apartar á Sebastian de aquellos vergonzosos placeres, pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la obstinación de su joven hermano. Esa obstinación llenaba de zozobra el ánimo de Manuel, y venía á turbar para él la paz del domingo, de ese día que tanto deseaba y veneraba, del domingo que desde su infancia había celebrado con santa ale-

gría y gozoso fervor, como un día de descanso, de recreo, que nos concede en su bondad nuestro Padre celestial.

Y en efecto, ¡cuán hermosa es, en un pueblo católico, la mañana del domingo! La paz y el silencio reinan en los campos; las quintas, las cabañas, mas limpias y arregladas que de ordinario, ven á sus habitantes, vestidos en traje de fiesta, encaminarse á lo largo de agrestes veredas, sombreadas de trecho en trecho por setos de espinos y sauco, hacia la pequeña iglesia, cuya campana convoca á los fieles al santo sacrificio. La rústica procesion llega por todas partes; de los cortijos mas distantes vienen los campesinos, pasan por el cementerio, se inclinan delante de la cruz del Calvario y de las pequeñas eminencias cubiertas de césped, en que duermen el sueño eterno los ancianos del lugar; y luego, despues, toda la rústica familia se halla reunida, una sola vez á la semana, al pie del altar. Manuel no faltaba nunca á esta piadosa cita; al salir de misa volvía al lado de su padre, le leía algun libro, procuraba distraerle como mejor sabia y podia, en ausencia de sus hermanos mayores; por la tarde volvía á la iglesia, y sentía un placer indecible en oír cantar y seguir en su libro los salmos, esas bellas y sublimes inspiraciones del Profeta-Rey, que expresan tan bien las tristezas inseparables de nuestra condición acá en este mundo, así como la esperanza, la ilimitada confianza que debemos poner en el Señor. Concluida la función, iba a pasearse al campo; buscaba y recogía algunas plantas medicinales cuyas propiedades le habia enseñado Isabel; de paso, iba a veces á visitar algun pobre enfermo; consolabale, regalabale un poco de pan blanco, frutas, trigo, vino; y al caer la noche estaba de vuelta en la granja, con la cabeza despejada y el corazón lleno de alegría.

Volvía un domingo por la tarde de uno de estos denciosos, aunque solitarios paseos; cuando al entrar en la aldea, oyo gritos y blasfemias que parecían salir de un gran meson donde los carreteros solían tener su posada, y parado el oído, creyo distinguir entre aquellas voces la de Sebastian, pidiendo, al parecer, socorro. Manuel apreto el paso; los sonidos se oyeron mas distintos; de un salto subió á la ventana abierta del meson, y se halló en la sala grande. ¡Qué espectáculo se ofreció entonces a los ojos de Manuel! Las sillas y las mesas derribadas por el suelo; un grupo de hombres, completamente ebrios, luchando a brazo partido; en medio de ellos Sebastian... Encendido, jadeante, con el



furor pintado en los ojos, intentaba defenderse; pero sin duda era el mas débil, porque sus vestidos estaban hechos girones y tenia el rostro lleno de cardenales. En el momento en que Manuel entró en la sala, Sebastian cayó en tierra sin sentido: acababa de recibir un puñetazo en el pecho. Manuel se lanzó sobre él; rechazó con mano vigorosa á los atónitos agresores, levantó á su hermano, cargóselo en los hombros, y, saliendo del meson sin que nadie se atreviese á oponérsele, tomó el camino de su casa.

Llevó al punto á Sebastian á la cama; al sombrío color encarnado de la disputa y de la borrachera habia sucedido una mortal palidez; algunas gotas de sangre salian de su boca, y su respiracion cansada y penosa denotaba grandes desórdenes interiores. Merry le contemplaba con espanto; Manuel le prodigaba infructuosos cuidados; los dos estaban aguardando al médico con viva impaciencia.

Llegó este por fin, y examinó atentamente al enfermo:

—«¡Juegos de manos, juegos de villanos! dijo despues de un largo silencio. Ya tiene para tiempo.»

Prescribió en breves palabras el tratamiento que se habia de seguir, y se despidió poniendo una cara tan seria que no hacia augurar nada bueno. No obstante, merced á su robusta constitucion y á los inteligentes cuidados que se le prodigaban, Sebastian pareció encontrarse mejor al cabo de algunos dias; pero continuaba sintiendo una gran debilidad, unos vivos dolores en el costado y en el pecho, y una opresion penosa que no le permitia respirar libremente. Así, pues, tuvo que resignarse á no salir de casa: pasaba las horas triste y aburrido, ora sentado á la ventana, ora yendo errante de las cuerdas á la granja, del patio al jardin, probando de dar cortos paseos con vacilante paso, y sorprendido, en cierto modo, de hallar á su cuerpo rebelde á su voluntad. Cometió algunas imprudencias, y pronto, no solo no pudo salir de su cuarto, sino que hubo de guardar cama. Merry, á quien estos diversos accidentes habian causado viva impresion, sentia igualmente que iba perdiendo las fuerzas, y el pobre Manuel tuvo que compartir la atencion y el tiempo entre la casa, las labores del campo y el cuidado de los dos enfermos que en edades tan diferentes corrían con igual rapidez por la pendiente que conduce al sepulcro. En cuanto á Estéban, no se ocupaba sino de sus negocios; anunció su resolucion de dejar la granja y explotar una por

cuenta propia, proyecto que realizó al cabo de pocas semanas.

Así trascurrieron muchos meses, sin que la situacion de los dos enfermos sufriese notables cambios; pero ni el uno ni el otro dejaban lugar á la esperanza. Manuel les prodigaba los cuidados mas afectuosos; multiplicábase el pobre en torno de aquellos tristes lechos en que sufrían dos seres igualmente queridos; pero á despecho de su buena voluntad, no podia bastar á las exigencias de su difícil posicion. Repetia con frecuencia: «¡Si viviese mi madre!» Y en efecto, aquella triste casa necesitaba una mujer activa, una dulce y buena enfermera; por lo que, cediendo á la razon, á las instancias de algunos amigos ilustrados y á las mismas súplicas de su padre, Manuel buscó una compañera. Casóse sin aparato ni fiestas de ninguna clase con una jóven laboriosa y pobre, llamada Ana Roussel, buscando en ella, ante todo, una hija para su padre, y una hermana tierna y celosa para su hermano.

(Continuara.)

M. MATILDE BOURDON.

## AL APOSTOL SANTIAGO.

ODA.

Yace el Leon postrado  
De la Iberia infeliz, y la cadena  
De servidumbre suena  
En torno de su cuerpo desangrado.  
La alevosa traicion, la ruin venganza  
Rinden al esforzado,  
Cerrando el triste pecho á la esperanza,  
Que sus nublados ojos  
Solo de sangre y muerte ven despojos.

Rota la hercúlea valla,  
Hambrientas hordas que el averno incita  
Libia ardiente vomita  
En tí, patria querida, y te avasalla:  
Es en vano el valor de tus guerreros,  
Que tras cruda batalla  
Presa has de ser de los alarbes fieros;  
Justísimo castigo  
Á la procaz licencia de Rodrigo!



¿Y qué, Señor, tu ira  
Será eterna, y por tierra derribados  
Tus altares sagrados  
Los tornará el infiel funesta pira  
Para alumbrar su triunfo sanguinoso,  
Mientras gime y suspira  
El cristiano en encierro tenebroso?  
No, que es la herencia santa,  
Do tu madre estampó virgínea planta.

La marchitada frente  
Levanta, oh patria, que piadoso el cielo  
En dichas trueca el duelo,  
Y en himnos de placer la voz doliente;  
Un nuevo Gedeon te da la mano  
Del Padre Omnipotente  
Que aliento ha de inspirarte sobrehumano:  
Él es! él es! lo veo,  
El hijo audaz del santo Zebedeo!

«Hijo de ardiente rayo,  
»Parte á la Iberia de Ismael hollada,  
»Y la fulmínea espada  
»Haz vibrar en la diestra de Pelayo,  
»Vertiendo en las carnívoras falanges  
»Susto, pavor, desmayo,  
»Y revuelve en su daño los alfanges  
»Ministros de su saña,  
»Y lánzalos por siempre de mi España!»

Dijo Dios, y del viento  
En las sonantes alas conducido  
El Apóstol querido  
Desciende del etéreo firmamento.  
Vístele tú el primero, hijo glorioso  
De Favila, cimienta  
Del trono que ha de alzarse poderoso  
Tras prolongada guerra  
Sobre todos los tronos de la tierra.

Vístele, ¡oh! gran Ramiro,  
En aquel memorable, eterno día  
Que la coyunda impía  
Del muslime rompió, y hondo suspiro  
Tornóse en gozo en el materno pecho.  
El tuyo fuerte admiro,  
Que tanta afrenta á tolerar no hecho,  
Niega el torpe tributo  
Que sume á España en ignominia y luto. (1)

¿Qué importa que altanero  
Corra á vengar soberbio el fiero ultraje

Con rabioso corage  
Abderraman cual tigre carnicero?  
La régia frente elevas tú serena,  
Que al par que audaz guerrero  
El alma noble tienes de fe llena:  
Dios es tu firme escudo,  
Y no temes al bárbaro sañudo.

¡Oh campos venturosos  
De Logroño, las Navas y el Salado,  
Donde vieron trocado  
El laurel en ciprés los poderosos!  
Donde de Agar la prole aborrecida  
En lagos espaciosos  
Vertió la negra sangre y dió la vida!  
Allí el Apóstol Santo  
Tronchó las lanzas y esparció el espanto.

Sobre alazan ligero  
Rojo pendon en la siniestra mano  
Tremola al viento ufano,  
Y con la diestra el fulminante acero  
Terrible esgrime, y cual pajiza caña  
Del segador severo  
Corta la hoz ó rústica guadaña,  
Así veloz pasando  
Con cabezas el suelo va sembrando.

Las hispanas legiones  
Hienden, dividen, cortan, atropellan,  
Y sin piedad degüellan  
De mahoma los fuertes escuadrones;  
Vengativo Leon ruge, infundiendo  
Miedo en los corazones,  
Y unos sobre otros en la lid cayendo,  
Embotan la cuchilla  
De los ilustres héroes de Castilla.

Abate tus banderas,  
Y tiembla, tiembla, altiva media luna!  
Se eclipsó la fortuna  
Con que desatendada pretendieras  
La Iberia sugetar con vil coyunda:  
Sus cristianas riberas  
Manchas no sufren de tu huella inmunda,  
Y su Patron sagrado  
El suelo guarda á su piedad fiado.

En nube luminosa  
Los Fruelas y Ordoños fiel le vieron,  
Y comportados fueron  
Con su luz los Alfonsos misteriosa:  
De ella guiado alzó la régia silla.  
En la ciudad hermosa

(1) Alude el poeta al ominoso tributo de las cien doncellas.



Que se asienta del Bétis en la orilla  
Fernando el grande y pío,  
Y otro Fernando destruyó tu brio.

—  
Anda, raza proscrita,  
Tu vergüenza á ocultar y tu quebranto  
Vertiendo inútil llanto  
De tu torpe profeta en la mezquita;  
Allí algun día el español bizarro  
Que tu memoria irrita  
Irá en tu busca un centellante carro,  
Y la deuda á su furia  
Doblada pagarás de antigua injuria.

—  
Tú, que en esclarecida  
Tumba reposas en hispano suelo,  
De amor y de consuelo  
Eterna prenda á tu nación querida;  
Brille su fé con nuevos resplandores,  
Y por tí dirigida  
En pueblos mil difunda sus favores,  
Logrando tanta hazaña  
Al grito de «Santiago y cierra España!»

CIPRIANO SEVILLANO.

## LA FLOR DEL CIELO,

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Cuando Alberto se alejó de aquel sitio una expresión de disgusto se pintaba en su semblante.

La idea emitida por su padre de contraer un culpable enlace con una mujer rica, por el solo hecho de serlo, y hollando todo deber, toda consideración, toda moral, le repugnaba horriblemente, aun cuando la conciencia de Alberto jamás había pecado de escrupulosa con exceso.

Aunque calavera y libertino y depravado, no lo era tanto que mirase sin inmutarse el crimen; y aunque había agotado todas las ilusiones, todos los entusiasmos, todos los amores, aun en su alma quedaba un recuerdo del sentimiento dulce y suave que le había inspirado Margarita, del mismo modo que si se encerrase en una estrecha caja una fragante rosa, la flor se secaría, perecería enteramente, pero mucho tiem-

po despues, y aun arrojándola de allí, la caja conservaría siempre un imperceptible rastro de la esencia de la pobre rosa que se había secado en ella.

No es esto decir, ni con mucho, que aquel hombre pensase en la que había sido un día el solo amor digno de su corazón, no: Alberto había gastado pronto y para siempre quizá todas las afecciones nobles de su alma, pero sin saber explicarse la causa le repugnaba el solo pensamiento de aquella falta imperdonable.

Es verdad que su fortuna había sufrido algunos reveses: que las empresas arriesgadas, el juego y los dispendios habían consumido la mayor parte de su caudal, destrozó á que había contribuido también en gran manera el anciano Baron: pero Alberto, aunque culpable, no había pensado nunca en llenar sus arcas vacías á costa de un crimen, y de una libertad conservada por la abnegación de Margarita.

Alberto, como todo hombre poco cuidadoso del porvenir, tiraba el oro con una mano, y extendía la otra esperando cojerle siempre.

—Bah! murmuró, mientras tendido sobre los almohadones de su carruaje se acercaba al casino, donde le esperaban algunos compañeros tan alegres y desocupados como él. Bah! es verdad que mi padre tiene razón, que estoy casi arruinado, pero la suerte se parece á una muchacha caprichosa; hoy niega sus favores, y mañana los prodiga á manos llenas. ¡Quién sabe si el tapete verde que ha consumido parte de mi patrimonio, me lo devolverá con creces en algunas horas de suerte! Todo pudiera ser! y en todo caso.... en todo caso yo solo sufriré las consecuencias de mis faltas; mi padre es ya muy viejo, y dentro de poco... en cuanto á Marina.... Marina tiene asegurado su porvenir, la he cedido íntegra la herencia de mi madre y la espera un tranquilo bienestar.

Así, pues, no pensemos en el mañana; vivamos hoy y luego... luego la suerte decidirá!

Tan absorto iba Alberto en sus reflexiones, que solo cuando el carruaje se detuvo bruscamente, echó de ver que acababa de llegar á las puertas del casino.

Saltó con ligereza, subió las alfombradas escaleras de aquel templo consagrado á la ociosidad, cuando no al vicio, de los favorecidos por la suerte, y cruzó algunas salas lujosamente amuebladas, repartiendo saludos ó ligeras inclinaciones de cabeza, hasta que llegó á un gabinete donde ya le aguardaban sus amigos.

—Ola! ¿ya estás aquí Baron? exclamó el más



jóven de ellos al verle aparecer. yo creí que no ibas á venir nunca,

—Ya sabeis que jamás faltó á mi palabra, contestó Alberto tomando una silla con desenfado y dejándose caer en ella con más libertad que en su propia casa: aunque, bien mirado, ¿que otra cosa que una morada suya eran aquellos salones donde pasaban la mayor parte de su vida aquellos nobles desocupados que no sabian dar á sus facultades ni á su inteligencia un empleo más digno y más elevado?—Ya sabeis que nunca faltó á mi palabra.

—Es verdad! pero se hacia tarde y....

—Tarde! no es posible! acabo de salir de casa, y Juan ha traído los caballos á buen paso.

—De tu casa! murmuró otro de los circunstantes separando de sus lábios una taza de café, de tu casa.

—No lo dudes, respondió el baron. de allí salgo ahora.

—Veo que te vuelves hombre metódico!

—Bien puede ser, añadió el más jóven, cuyo nombre era Fernando, bien puede ser, y os aseguro que yo haria lo mismo, si tuviera una hada que embelleciese mi mansion.

—Pues Alberto vive solo con su Padre, y á no ser que des el nombre de hada al viejo Baron de Almonacid! exclamó riendo Luis, otro de los amigos de Alberto.

—Solo! solo! murmuró Fernando, bien se conoce que no habeis visto lo que yo.

—El qué?

—El qué?

Preguntaron todos á la par, mientras las cejas de Alberto se fruncian imperceptiblemente.

—La muchacha más estremadamente linda que respira el aire de Madrid.

—De veras?.

—No lo dudeis: el otro dia, y desde la ventana del despacho de Alberto la ví pasear en el jardin de su casa y os aseguro que me quedé absorbo contemplando aquella vision celeste.

—Tan bella es!

—Acudo á la sinceridad del mismo Alberto, dijo Fernando con calma.

—Pero quien és!

—Que lazos te ligan á ella: vamos dime la verdad.

Alberto estaba contrariado ante aquel diluvio de preguntas, y queriendo poner término á aquella conversacion,

—Basta señores, dijo: la mujer de que habla Fernando es una jóven, cuyo nombre solo se profana al pronunciarse aquí: por una historia

de familia, que os suplico respeteis, esa niña está confiada á nuestro honor....á mi padre que la ama como á una hija, y á mí que la respeto como á un ángel, y que sabré hacerla respetar. No nos ocupemos pues de ella y pensemos en nuestra partida de ecarté que segun parece habeis olvidado.

—Si, si; juguemos dijeron algunos desentendiéndose de las palabras de Alberto, juguemos.

La partida empezó hallándose todos distraídos y sin darle un gran interés.

Poco á poco se fueron animando y lo que empezó por una distraccion sin consecuencias, se trocó en un juego de azar, en que se atravesaban sumas considerables.

Alberto, que como ya lo sabemos, estaba resuelto á todo, y aun cifraba sus esperanzas en los caprichos de la suerte, se empeñó aquella noche de un modo que admiró á todos sus amigos.

Muy en breve, y dominados por esa pasion avasalladora que enloquece los cerebros, el vértigo que se habia apoderado de la cabeza de Alberto se comunicó á la de sus amigos.

Los montones de oro, los ajados billetes de banco corrian de un lado á otro con una rapidéz increíble.

Alberto perdió cuanto llevaba y más empeñado cuanto la suerte le era mas contraria, jugó sobre su palabra y perdió tambien de tal modo, que él mismo no sabia darse cuenta de lo que arriesgaba.

Asi pasaron muchas horas.

La luz del alba vino á teñir de rosa los cristales de los balcones, y aun aquellos hombres permanecian entregados á la locura que les dominaba.

—De dia yá? murmuró Fernando que era el mas favorecido por la suerte, de dia yá! señores, esto es increíble, ¿cómo ha pasado tanto tiempo?

—Pues tienes razon! y yó que creía...

—Es preciso retirarnos, dijo Fernando; es preciso suspender el juego por ahora, pero esta tarde te ofrezco el desquite, Alberto, y si quieres luego podemos continuar.

El jóven se levantó y fué á buscar, tambaleándose, su abrigo y su sombrero.

—Soy tu deudor, murmuró Alberto, y ya sé que las deudas de juego no tienen próroga.

—Yó pasaré por tu casa hoy ó mañana.

—Cuando gustes.

Los jóvenes abandonaban aquella morada, cuando los honrados vecinos de Madrid salian



de sus casas para entregarse á sus trabajos diarios!

Alberto, más preocupado que de costumbre llegó á su casa y se encaminó á su cuarto donde se encerró dando orden de que no le molestasen.

En vez de dirigirse á su lecho, se dejó caer en una butaca murmurando con lentitud;

—No, pues con muchas noches como esta.... mañana será preciso llamar al administrador y vender de cualquier modo algunas fincas, con tal que esta tarde....

Alberto no pudo acabar la frase, su mano al caer negligente sobre un velador que tenia cerca, habia tropezado con una carta, y al mirarla una, exclamacion de sorpresa se escapó de sus labios.

Aquella carta no tenia sello alguno de correo; era evidente que la persona que la enviaba se encontraba tambien en Madrid.

Alberto conoció la letra, rompió el sobre y buscando la firma leyó con asombro. Margarita.

—Ella en Madrid, exclamó Alberto estrujando la carta entre sus dedos, Margarita en Madrid! á qué vendrá?

Sin poder contener su impaciencia fijó sus ojos en el blanco papel, y queriendo abarcar de una sola mirada todas las frases que contenia, solo consiguió confundirse mas, y no poder descifrar el escrito.

—¿Que me importa lo que ella pueda decir? exclamó al cabo, haciendo un esfuerzo sobre humano para serenarse; ¿que me importa? oh! nada! me hablará de su hija.... del pasado quizá.... ¿se cansará al cabo de su silencio? no lo creo! en fin, yo no debo temer nada, á nada debo acceder, estoy resuelto á mostrarme con ella inflexible siempre.... siempre! veamos.

Y Alberto empezó á leer aquella carta que solo contenía estas palabras.

»Si un prolongado y doloroso sacrificio merece alguna recompensa, si el dolor y las lágrimas de muchos años tienen derecho á conquistar algunos dias de ventura, yo vengo á reclamarlos, Alberto, y espero que al verme no tendrás valor de negármelos.

Si te suplicase que vinieses á verme, sé que seria inutil y que te esperaria en vano; y como necesito verte, como de nuestra entrevista depende el que se realice el deseo mas ardiente de mi corazon, yó iré á buscarte, y así al menos estaré cierta de que mi súplica llega á tu oido.

No te alarmes; nadie me verá.

Conozco las costumbres de tu casa, y procuraré estar en ella á la hora en que todos duermen.

Mañana entre seis y siete iré á buscarte, tus habitaciones están separadas de las de tu padre y las de *ella*, y puedes estar tranquilo.

En cuanto á tus criados, tú puedes inventar cualquier disculpa;

Á Dios pues, y no me niegues la gracia de esta entrevista que será la última: te lo asegura

MARGARITA.

Cuando Alberto terminó la lectura de aquella carta, su voz era lenta y opaca, y de su frente se escapaban algunas gotas de frio sudor.

Despues, y como adoptando una resolucion extrema, estendió la mano y tiró del cordon de la campanilla con una violencia extremada.

Un criado se presentó con aire de sorpresa.

Hacia un instante que recibiera la orden de no molestar á su señor pues se iba á entregar al reposo, y aquella especie de contraorden le asombraba, pues él tambien despues de una larga noche de espera, necesitaba descansar.

—Bernardo, dijo Alberto, mirando fijamente al criado. Quien ha traído esta carta?

—Señor, un hombre anciano: un criado de confianza al parecer.

—Y ¿cuando vino?

—Anoche, poco despues de oscurecer.

—Entonces.... es hoy! murmuró Alberto para sí.

Y despues, volviendo los ojos al reloj colocado sobre la chimenea.

—Que hora es ya? añadió con afan.

—Cuando V. E. vino, acababan de dar las cinco.

—Es verdad, y ahora....

—Son las seis y media próximamente.

—Si, dices bien, ese reloj así lo indica.

—Si el señor quiere dormir algunas horas, aun puede....

—No; respondió Alberto que parecia presa de una ligera inquietud.

—Entonces....

—Baja á la portería é informate de si han venido á preguntar por mí.

—Bien.

—Y en todo caso.... te esperas allí....

—Si señor.

—Y conduces aqui á la persona que se presente solicitando verme.

Bernardo nada respondió; pero giro sobre sus talones, y desapareció yendo á cumplir las órdenes de su amo.

(Continuará.)



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Tan horrible, hija mía, que es una de las ofensas más grandes que podemos hacer á Dios y de la cual nos pedirá estrecha cuenta en el día de su tremendo juicio.

Por fortuna, aunque debo ocuparme de él, yo estoy cierta que entre nosotros no existe ninguno con la conciencia manchada por esa culpa.

—No, no señora; dijo Julian con rapidéz.

—No, no señora; añadieron casi todos al par, con una precipitación extremada.

Solo unos labios permanecieron mudos sin atreverse á mezclar sus protestas con las protestas de los demás.

Estos eran los de Nicolás.

—Jurar en falso, hijos, es un mal á veces irreparable, pues además de la terrible ofensa que hacemos á Dios, invocándole atrevidamente para que presencie nuestra culpa, esto es, intentando atraer su mirada sobre nosotros en el instante del ultraje, puede traer gravísimas consecuencias que nosotros ni aun podemos sospechar. La pérdida de una fortuna, la dicha de una familia, el bienestar de un hombre honrado, dependen á veces de una palabra de nuestros labios, pronunciada bajo la fé de un juramento, tanto mas impío cuanto mas solemne, tanto mas ofensivo á la divinidad cuanto mas trascendental y grave. ¡Oh! como pesarán un día en la balanza de la suprema justicia las frases que encerraban una mentira, y que pronunciadas bajo el nombre de Dios se tornaron en verdad para los hombres, y tuvieron que darles crédito! Cuanto amargarán y agitarán la conciencia de aquel que las profiriera! Desgraciado de él! cuán en poco ha tenido la fé, las creencias y la religión de sus mayores!

La anciana guardó silencio, y Julieta, que era la mas tímida de cuantos se hallaban presentes,

—Me espanta el oírte, abuelita, dijo, me espanta el oírte! ¡Oh! y que fea y sombría estará el alma de aquel que haya cometido semejante pecado.

—Dí mas bien, hermanita, se apresuró á replicar Adolfo, que el hombre que haya obrado así será bien infeliz, porque es imposible que en sus noches haya reposo. ni en sus días tranquilidad.

—Así debe ser, exclamó la Marquesa; así debe ser, y hoy mas que nunca me felicito de tener á mi lado gentes tan honradas como vosotros, pues estoy cierta que á ninguno de los que me oyen puede haber quitado hasta aquí el sueño, el recuerdo de haber cometido semejante acción.

La anciana paseó un instante su mirada en torno, procurando leer el pensamiento en la fisonomía de sus oyentes. Y aquella mirada se detuvo con insistencia sobre el colono del cortijo de los Nogales, cuya palidez y turbación no pudieron menos de llamar su atención.

La Marquesa de la Fé, á pesar de su bondad, á pesar del candor de su alma de niña, poseía un talento claro y penetrante, un profundo conocimiento del corazón humano, y el aspecto de aquel hombre no pudo menos de hacerle sospechar que en su alma se ocultaba algo que le hacía sufrir, ó que al menos le contrariaba en aquel instante; así fué que anhelando convencerse de ello, le

preguntó con la mayor dulzura, pero con una profunda intención.

—¿Es verdad que tengo razon en cuanto llevo dicho, señor Nicolás? ¿Es verdad que el juramento falso no puede tener disculpa ni perdon?

Aquel hombre, viéndose interpelado de tal modo, vaciló un instante, pero despues no pudo por menos de contestar:

—Ciertamente, señora, y aunque á veces.... no siempre se puede....

—¿Cómo! ¿qué va V. á decir?

—Que yo creo.... no es esto decir que siempre.... pero en fin.... hay ocasiones en que es forzoso, no digo yo mentir.... pero....

—¿Pero faltar á la verdad? preguntó la anciana rápidamente.

Felipe no se atrevió á hablar, pero inclinó un poco la frente en muestra de asentimiento.

—Perdone V. que le contrarie, amigo mio, respondió la señora con impetu. Faltar á la verdad no es lícito nunca. Recuerde V. el catecismo que nos ordena decir si ó no como Cristo nos enseña.

—También debe haber alguna indulgencia en esto, cuando puede sobrevenirnos algun mal, cuando se nos puede ocasionar algun daño.... yo respeto mucho la opinion de V. E., señora, pero también he oído decir que hay medios de ocultar algo los sucesos sin que por esto ofendamos á Dios.

—Pues voy á referir á V. un ejemplo en el que podrá apreciar las consecuencias dolorosas de una falta como la que yo repruebo.

Todos prestaron la mayor atención á la noble señora, que empezó á decir de este modo:

—Hace algunos años, era yo muy joven todavía; vivían cerca de nuestra casa dos ricos labradores, igualmente favorecidos por la fortuna, pues sus tierras y sus ganados eran los más hermosos y los mejores del contorno. Hijos de padres cristianos y honrados, creían ambos en Dios, y ambos procuraban guardar su santa ley. Sin embargo, uno de ellos, llamado Tomás, empezó á frecuentar el trato de jóvenes disipados y calaveras cuya conducta era el escándalo de la aldea. En vano su esposa la buena Isabel, pretendió con sus dulces consejos separarle de aquella amistad que amenazaba destruir su paz y su porvenir; Tomás no la escuchó tratando de necedades sus advertencias, y de exigencias sus ruegos. Aquella intimidad dió el resultado que era lógico. Tomás empezó á mirar el trabajo con disgusto, y abandonarle mil veces por acompañar á sus alegres camaradas. Á los puros y santos goces de la familia, sucedieron las lágrimas y el dolor en el alma de Isabel, y el vino, el juego las bacanales en la vida de Tomás. Su hacienda, pues, desatendida y abandonada empezó á menoscabarse y disiparse de día en día. Los granos se vendieron, las fincas se empeñaron desapareciendo su producto de entre los dedos de Tomás, cual se deshace una bola de nieve entre las manos de un calenturiento. Su antiguo amigo, el honrado Miguel, veía aquella conducta con pena y enojo pues presagiaba una catástrofe para la familia de Tomás á quien amaba en extremo por que siempre habían vivido juntos como una sola familia. Sin embargo, él nada podía hacer para evitarlo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.

Ayuntamiento de Madrid